

LA SEÑAL

WM. PAUL YOUNG
Y BRADLEY JERSAK

DIANA

EL PACIENTE

Nada puede separarnos del amor y la presencia de Dios, pero podemos vivir, ahora y en la eternidad, como si Dios no estuviera presente, como si Dios no existiera ni nos amara.

Y esa es la definición del infierno.

KENNETH TANNER

Dios ve la verdad; sin embargo, espera.

TOLSTÓI

El paciente aprieta el puño y lo voltea para observarlo con cuidado desde todos los ángulos. Aprieta. Afloja. Aprieta de nuevo, su mandíbula y sus sienas imitan inconscientemente las contracciones. Se concentra en la piel blanca y agrietada que se tensa sobre sus nudillos, las venas azules palpitan y se hinchan orgullosas en el dorso de su mano.

Un destello caleidoscópico de nuevas imágenes de su juventud lo asalta. Los puños alzados de la revolución. Los Panteras Negras, estudiantes universitarios marxistas, su padre. *Da igual.*

«Da igual», insiste su crítico interior, esa conocida vocecita que vive en su trasero. «Sí, ¡da igual!». Hace eco contra las paredes desnudas de sus entrañas, mientras que por fuera está sentado con los nudillos apretados a modo de desafío; frente a él, otro mar de rostros ordinarios cae como una catarata en cámara lenta, los fracasados que alguna vez necesitó (pero nadie habría podido decírselo).

«Esos cabrones obstinados, sanguijuelas lloronas, ¡todos unos hipócritas!». Está furioso y luego lanza una forzada risita nasal, como si todavía estuviera frente a su público.

Entonces, ¿por qué la sonrisa torcida? Quizá sea la burla irónica de que fue él quien acabó aquí en lugar de «esos» parásitos. *Él* no es como *ellos*. Y *ahora* no es como *antes*.

Lo sorprende la imagen de algún loquero popular de la televisión que les dice a todos que los corazones heridos se esconden detrás de un puño enfurecido. O la de uno de aquellos ingeniosos y falsos documentales que hacen énfasis en el momento desesperado en que un campesino musulmán, un estudiante de secundaria acosado o un ama de casa maltratada —quizá incluso de un pastor respetado— deciden desatar su furia y hacer justicia por sus propias manos, que hasta entonces no habían matado ni una mosca.

Piensa en manos, en todo tipo de manos. Manos que remueven la tierra en los campos, manos que escriben furtivas notas de amor en los comedores escolares, manos que amasan pan o que ungen con aceite. Ahora son puños que aprietan una bomba casera o que sujetan un cuchillo de cocina. Lo que sea necesario. Lo que esté a la mano. Lo que sea suficiente para saciar las propias fantasías violentas. «¡Lo que sea!».

Resopla. Es extraño. Nada de esto tiene sentido. Por ignorancia o, peor aún, con alguna buena intención, hacemos votos que comprometen a esas manos a disparar una serie caótica e

ineluctable de eventos desafortunados. «Tenemos una fuerte adicción a presionar ese botón autodestructivo, ¿verdad?». En algún otro lado, en este mismo momento, un héroe en potencia hace estallar sus propias manos, y una víctima acorralada se corta las venas a los dieciocho u ochenta y ocho años. «¡Qué locura!».

—Se tragó la araña para atrapar a la mosca —masculla; apenas se escucha la tonada a través de sus dientes apretados—. Supongo que morirá.

«Oooh, sí», piensa el paciente con su vibrato de villano más espeluznante, «toooooodos deben morir».

Bueno, no fue así, y todo por su maldita culpa.

Su mente vuela a la *Ilíada* de Homero. El «poema de la fuerza». Alguna vez el paciente leyó la mitad de ese libro en su teléfono inteligente. Ahora ¿de qué servía? Ah, sí, cuando tratamos de usar la fuerza, se vuelve contra nosotros y nos posee para sus propios fines. Entonces estamos completa y absolutamente jodidos.

Curiosamente, en ese momento lo que le sorprendió fue que el origen de la frase «morder el polvo» estuviera en Homero. Y así lo hacían. Dioses volubles manipulaban a «héroes» ego-céntricos para que se mataran entre ellos. Qué maldita nobleza. No, en serio, ¡realmente lo pensaban!

«Pero nosotros también», sermonea el paciente en su cabeza. «En aras de nuestros ideales, seguimos ofreciendo a nuestros hijos a los dioses insaciables; ya sea a Moloch, a Marte o a la bandera de Estados Unidos, nuestros hijos e hijas se desparra-man por todo el planeta por la causa de la “libertad”». Lo malo es que están bien muertos y no pueden disfrutarla.

Aunque es muy fácil, resulta demasiado simplista señalar con el dedo acusador de la culpa, pero en su estado actual nuestro paciente no puede pensar nada mejor. Confrontado

con sus propias imágenes y enemigos internos, prefiere negarlos antes que combatirlos. Ahora, lo irónico es que su fachada se erige en una acusación. Como si fuera un fiscal, le revela que su propia indignación moral ante el mundo es una suerte de confesión, y que todo eso lo provocó «la visitante». Así, esa sonrisa irónica y hastiada en realidad se dirige hacia el interior. Quizá pueda reconocerlo un día en que esté más sano y sea más honesto; es decir, tal vez nunca.

El paciente sabe todo acerca de las buenas y nobles intenciones. ¡Demonios! La cuerda con la que Judas se colgó fue una noble intención para forzar la mano de Dios, ¿cierto? Mmm... Entonces ¿a qué viene esa sonrisa torcida, engreída y cínica? Ah, eso es: amargura.

Admira de nuevo su puño apretado: un hermoso emblema de iniciativa, audacia y valor. Es decir, «salir a ciegas de la madriguera hacia una muerte segura». ¿Pero no es precisamente así como funcionan los puños?

Sujetar, aferrar, conspirar. Manipular, dominar, hacer. Tomar, pedir, trabajar. Esforzarse, manejar, estrellarse, arder...

«¡Calla!», grita una voz al interior que apenas escapa por sus dientes apretados.

«¡Malditas voces!». Pero necesita tanto como desprecia sus implícitos votos de silencio. «¡Shhh!».

«Mejor no mires ahí. Piensa en “ellos”, en mi gente, en ese intruso».

La tetera empieza a hervir y no puede evitarlo.

—Si Dios no hace nada, ¡YO LO HARÉ!

«¡Mierda! Por el amor de Dios, ¡guárdatelo!».

La enfermera, vestida con una bata de ositos, mira al paciente y se acerca. Se inclina sobre él y, con voz melosa, trata de convencerlo de que abra su puño apretado.

—¿Señor? Mmm... ¿pastor?

«Sí, eso es: pastor... Los días de gloria pavoneándose en el escenario mientras blandía una Biblia».

—Pastor, aún no hemos tomado nuestras medicinas, ¿cierto? Déjeme ayudarle.

«Sí, trágate esta pastilla amarga».

—Gracias, Mary Poppins —dice, y la mira lascivamente cuando ella se inclina para acercarse—. ¡Sí, señor! «La peor medicina con azúcar pasará».

Siente cómo ella se estremece. Después, finalmente, el buen Morfeo lo lleva a un sueño profundo.

En una camilla al otro lado de la habitación, detrás de unos ojos castaños y una hirsuta barba color plata opaco, un hombre mudo y manco observa al pastor. Con la pierna cruzada, se mece de un lado a otro; está envuelto en sábanas y tararea un estribillo repetitivo. En los dedos huesudos de su única mano está enredado un kombolói, y sus ojos viejos nunca se apartan del otro hombre.

«Santo loco», piensa el pastor conforme empieza a adormecerse.

Es curioso, un insospechado sentimiento de consuelo lo invade al ritmo del balbuceo y el movimiento del vagabundo, es extrañamente tranquilizador.

Pacientes. Paciencia.